



The Episcopal Diocese of Olympia

The Episcopal Church in Western Washington

www.ecww.org

Discurso de la Convención 2021 preparado por el Reverendo Greg Rickel

John Prine, antiguo trabajador de Correos de Chicago y cantautor, es uno de mis músicos favoritos. Cantó canciones como "Your Flag Decal Won't Get You Into Heaven Anymore" y "Big Old Goofy World", entre muchas otras. El día 7 de abril de 2020, John Prine, se convirtió en uno de los casi 3/4 de millones de personas en este país que murieron debido a complicaciones de COVID. Otra canción que cantó que me encanta es, "God Only Knows" (Solo Dios sabe). Comienza con esta oración:

Sólo Dios conoce el precio que pagas por aquellos a quienes has lastimado en el camino – “God Only Knows”

En nuestro Evangelio, concretamente en Mateo 5:23-24, leemos: “Así que, si al llevar tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a ponerte en paz con tu hermano. Entonces podrás volver al altar y presentar tu ofrenda”.

En el *confesionario de Yom Kippur*, los judíos recitan lo siguiente: Antes de que una persona pueda sanar, debe reconocer su enfermedad. Antes de que una persona halle la luz, debe conocer su propia oscuridad. Y antes de que un pueblo sea perdonado, debe confesar sus pecados. Confesamos nuestros pecados y los de nuestros semejantes porque somos responsables, unos de otros. Sánanos, Adonai, y guíanos a través de la oscuridad hacia la luz”.

Estos discursos de la convención son siempre complicados. ¿Cómo se puede resumir un año en media hora? ¿Y especialmente un año como el que hemos vivido juntos? Así que siempre empiezo pidiendo disculpas y así lo haré nuevamente. En este año además, terminaré mi discurso pidiendo disculpas otra vez.

Mi disculpa por adelantado es por no haber mencionado algo que ustedes creen que yo debería haber mencionado. Si es así, y estoy bastante seguro de que así será, háganmelo saber más adelante; de eso, también estoy seguro que lo harán.

Hoy, en este discurso, quiero enfocar mis observaciones en torno a esas tres citas con las que empecé, comenzando con un repaso de nuestra vida en común mientras el mundo seguía enfrentándose a la pandemia de la COVID y la cuestión de la raza. A continuación, hablaré de nosotros unidos como Iglesia, y luego participaré personalmente. Mi intención en este discurso será ofrecer un marco para continuar el trabajo iniciado en nuestra última convención y, en realidad desde hace muchos años anteriores, para luego finalmente compartir personalmente mi trabajo, mis arrepentimientos, mi reflexión y mi esperanza para nuestros días futuros.

Como planeta, parece que estamos desorganizados. La angustia del mundo es tan evidente, nuestras divisiones tan crudas y aparentes. Todo y todos están mucho más al límite. Las pandemias han revelado las grandes disparidades de nuestro mundo. En especial, el virus ha puesto de manifiesto la realidad de que, nos guste o no, somos una familia humana en este pequeño objeto volador que se precipita por el espacio, llamado Tierra, y aunque nuestra tendencia humana es erigir muros, fronteras y límites, un virus nos recuerda que no respeta a ninguno de ellos.

Tengo que decir que lo absurdo de que los estados piensen que el virus seguirá su propósito dentro de sus fronteras y que no afectará al estado de al lado, o al mundo en general, arroja luz sobre lo absurdos que podemos estar realmente en nosotros mismos.

Los países han pensado y hecho lo mismo. La verdad es que al virus no le importa ni la raza, ni el país, ni el partido político, ni las creencias, nada de eso. Si alguna vez hubo un momento en que "todos estamos juntos en esto" en mi vida, ha sido éste. Puedo decir que como mínimo, no ha sido una respuesta extremadamente solidaria ni una que me reconforte.

Por supuesto, como Iglesia, algunas de esas mismas desigualdades se han puesto de manifiesto una vez más por el virus y por el martirio del señor George Floyd. Como lo mencioné el año pasado, nosotros, como Iglesia, como cristianos individuales que seguimos siendo humanos, no estamos exentos de esto. Tenemos tanto que expiar como de reparar, de ser posible. Lo que hace nuestra fe, lo que hace mi fe, es darme la esperanza y la seguridad de que es posible. No puedo rendirme ante eso.

El año pasado, en esta convención, gracias al valiente testimonio y a la vulnerabilidad de nuestros Círculos de Color, ustedes aprobaron por una gran mayoría una serie de resoluciones para ayudarnos como Iglesia, a empezar a dar ese cambio. Esa también fue una decisión valiente y que, sin embargo, debió hacerse hace mucho tiempo. Como dije entonces, varias veces, e intenté decir al concluir esa convención, acabamos de concluir la parte más sencilla.

La realidad es que la Iglesia a menudo llega hasta donde lo hicimos el año pasado en esta convención, firmando resoluciones que expresan todos los aspectos correctos o la mayoría de ellos y nos señalan, e incluso nos llaman a promulgarlas. Pero, con demasiada frecuencia, es ahí donde se produce la ruptura. Ahí es donde se detiene el trabajo.

Este último año ha sido una prueba en muchos sentidos, pero ciertamente una de ellas ha sido si nosotros, como Diócesis de Olympia, podríamos dar el siguiente paso y no caer en los patrones habituales.

Permítanme, en primer lugar, enumerar algunas cosas que, incluso a pesar de todo este panorama, logramos en este último año. Antes de entrar en detalles, quiero decirles simplemente a todos ustedes y por favor, transmitan esto a su gente a nivel local, gracias, gracias, gracias, porque mientras todos nos adaptábamos a esta nueva realidad, ustedes, en una manera increíble, juntos se adaptaron, trabajaron, aprendieron, crecieron, y en muchos casos, ejercieron una gran paciencia y gracia.

El clero y los líderes laicos tuvieron que dar un giro de ciento ochenta grados y comenzar realmente a reconstruir la Iglesia de dos maneras. Este fue el año en que esperábamos que esto terminara, que llegara a su fin, y sin embargo, una vez más diría que a través de nuestras divisiones, seguimos luchando para poner fin a esta era pandémica.

Hace dos años no podríamos haber imaginado cuántos de nosotros ahora sabríamos exactamente lo que significa cuando se dice: "¡tu micrófono sigue silenciado!"

Hace dos años no podía organizar mi propia reunión por Zoom. Hoy podría ser el director general de la empresa, ¡como la mayoría de ustedes!

A medida que vamos saliendo poco a poco de la pandemia, puede que los días más difíciles estén por venir ya que no sólo ofrecemos un culto virtual, sino ambos, tanto virtual como presencial, y lo hacemos ahora como personas muy diferentes. Ninguno de nosotros es el mismo después de todo esto.

El clero y los líderes laicos están agotados. Simplemente vivir esto ha sido agotador. Sin embargo, y al mismo tiempo, ha sido verdaderamente inspirador verlos y vernos, adaptarnos a ello.

He aquí algunas cosas que creo que hemos hecho bien en respuesta a esta nueva realidad.

- Como diócesis, hemos tomado consciencia y nos hemos centrado en el bienestar del clero. Lo hicimos a través de una encuesta de bienestar, retiros y otras acciones virtuales o de otra índole. Continuaremos con este enfoque también en el próximo año.
- Hemos utilizado los nuevos puntos de conexión virtuales para servir a los líderes laicos y al clero de maneras que no habíamos podido hacer antes: el seminario web sobre el bienestar del clero para los líderes laicos, la jornada de formación de la junta parroquial/el consejo parroquial, la realización de vídeos para las transiciones, etc., y el Proyecto de Recursos para el desarrollo de la mayordomía. Éstas, y muchas otras, son recursos nuevos y eficaces que se ofrecen y que nos ayudan a estandarizar las prácticas y expectativas de liderazgo en toda la diócesis.

- Hemos realizado un proyecto de prueba a través del Colegio para el Desarrollo Congregacional (CCD) híbrido, que ha funcionado muy bien y puede mejorar y cambiar la forma en que se imparte el CCD en nuestra diócesis y denominación. Durante esta pandemia, el CCD ha seguido creciendo y expandiéndose en toda la Iglesia Episcopal.
- Trabajamos juntos con los Círculos de Color para el One Service for Turtle Island (Un solo servicio para la Isla de la Tortuga) e iniciamos importantes conversaciones sobre cómo apreciar las prácticas de culto de los pueblos indígenas y otras culturas étnicas sin apropiarse de ellas.
- He sido testigo de cómo todos nosotros aprendemos nuevas habilidades acerca de la conexión virtual, y eso se hizo aún más evidente en la manera cómo se preparó esta convención en comparación con la anterior. Este año tenía mucha menos ansiedad y preocupación por conseguirlo. Espero que ustedes también. Deberían estar muy orgullosos de ustedes mismos. Ya se han adaptado, nos hemos adaptado.

Simplemente quiero decir gracias, gracias, gracias a todos ustedes, laicos, clérigos, jóvenes y mayores, rurales y urbanos, pequeños y grandes en todas partes de esta diócesis. Les doy las gracias por la creatividad, la innovación, la persistencia, la esperanza, la capacidad de ver oportunidades positivas en algunos de los momentos más duros y traumáticos que se recuerdan en la Iglesia.

"Solo Dios conoce el precio que pagas por aquellos a quienes has lastimado en el camino",
"Solo Dios sabe," John Prine

"Así que, si al llevar tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a ponerte en paz con tu hermano. Entonces podrás volver al altar y presentar tu ofrenda". - Mateo 5:23-24

Antes de que una persona pueda sanar, debe reconocer su enfermedad. Antes de que una persona halle la luz, debe conocer su propia oscuridad. Y antes de que un pueblo sea perdonado, debe confesar sus pecados". – *Confesionario de Yom Kippur*

Quiero reconocer y reafirmar hoy que nuestro principal objetivo en la Oficina del Obispo es servirles, prepararles y convocarles como Cuerpo de Cristo en el mundo, y por eso hacemos todo lo que hacemos - incluyendo el incómodo trabajo en torno al tema del racismo que es el centro del escenario en este momento. La Iglesia es el lugar exacto para que aprendamos a sentirnos incómodos, para que aprendamos a amar por encima de las diferencias, y para que aprendamos a arrepentirnos de manera que tenga un impacto real. Constantemente pienso y digo que si nosotros, la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, no podemos lograr esto, no estoy seguro de quién puede hacerlo. ¿Y quiénes somos realmente, si no podemos hacerlo? Si no podemos modelar esto, nuestro pan de cada día, francamente, entonces siento que como conjunto, estamos condenados.

Este tiene que ser un momento en la historia en el que hablemos, vivamos y actuemos según las palabras que proclamamos como Verdad.

Como personal y como Oficina del Obispo, me gustaría decir que el trabajo de dismantelar el racismo en la diócesis, en la Iglesia y en el mundo, había sido un deseo, una esperanza, un objetivo declarado durante mucho tiempo antes de la última convención, pero como lo hizo para gran parte del planeta, el martirio del señor George Floyd sacudió nuestro mundo, sacudió a la Iglesia y nuestra respuesta pasada o la falta de ella y nos abrió los ojos, y cuando digo los nuestros, los de nuestro personal, los míos, al hecho muy real de que nuestro trabajo está incompleto, y lo que es más importante, que hay muchas personas en muchos rincones de esta diócesis que están heridas no sólo por el racismo en el mundo, sino también en nuestras estructuras eclesíásticas y por mí personalmente como obispo.

En resumen, nuestras queridas personas BIPOC (personas de raza negra, indígena y de color), que resultaron heridas por el racismo institucional en la Diócesis de Olympia, no confiaban en el liderazgo de la diócesis para ejecutar fielmente este trabajo debido a la complicidad que teníamos en el liderazgo y en la toma de decisiones que dañaban a estos miembros dentro de nuestro organismo.

En mis comentarios del día de hoy, me escucharán decir unas cuantas veces, que estoy convencido de que esa no era nuestra intención. Pero ese ha sido el resultado y también tenemos que aceptarlo, reconocerlo, y empezar a enmendarlo.

Y si hay un tema el día de hoy puede ser ese, o al menos una gran parte de él. Tenemos que dejar de estancarnos en la comodidad de nuestras intenciones y abrir los ojos a la ceguera de nuestro mismo impacto. La intención al final nunca es suficiente y es sólo el marco, el deseo, la esperanza, la meta. En cierto sentido, podría decirse que esta diócesis ofreció una intención bastante contundente en nuestra última convención. El impacto está por verse. Este es un trabajo en curso y mucho más, todavía queda mucho por hacer, mucho más de lo que se ha hecho al respecto.

Podríamos mirar hacia atrás en la historia y decir que siempre lo hemos hecho, específicamente hablar de lo mismo una y otra vez. Más sin embargo, no vamos más allá, casi nunca nos arriesgamos a ir al verdadero problema, al impacto de nuestras decisiones, de nuestras acciones y más a menudo, nuestras inacciones o desatenciones.

Una de las pancartas de protesta más convincentes, para mí en este último año, fue una que vi que decía:

"George Floyd no fue una llamada de atención, el teléfono lleva sonando desde 1619, todos seguimos apretando el botón para posponer la alarma".

Para mí, esto lo resume todo. El "todos ustedes" de ese cartel es la gente blanca, la cultura dominante, yo. El botón de alarma es la intención, los tópicos, la retórica hueca, las palabras e

incluso las acciones que realizamos para terminar con ello. Tenemos que avanzar para causar un impacto. Tenemos que dejar de intentar acabar con los problemas y la verdad de este pasado y, en su lugar, afrontarlo, reconocerlo, cuestionarlo e incluso, tal vez, disculparnos por ello.

Tenemos que dejar que suene el despertador y luego despertarnos para mirar con valentía el impacto y resistir al impulso de apretar el botón para posponer la alarma.

Por nuestra parte, después de la convención pasada, con la mira hacia este año, el personal de la Oficina del Obispo se comprometió a lo siguiente:

1. Convertir en una prioridad el poner fin al daño causado y ofrecer cuidado pastoral a las personas afectadas por el racismo de la Iglesia.
2. Ser un ejemplo de una cultura que:
 - a. admite sus errores,
 - b. se disculpa si ofende a los demás, si se apropia indebidamente de otra cultura, si falla o tropieza,
 - c. comunica nuevas conductas, políticas o procedimientos o los cambios a efectuar. En esencia, no se trata de simplemente disculparse sino de también crear un plan.
3. Ofrecer diferentes oportunidades de aprendizaje y recursos en las áreas de
 - a. conocimiento y capacidad cultural,
 - b. racismo, antirracismo, y resistir el racismo
 - c. ministerios étnicos y multiculturales.

El año pasado, ante esta convención se presentaron cinco resoluciones claves para abordar este tema. Ustedes las aprobaron de manera abrumadora, y durante este último año, nuestro personal, en colaboración con los Círculos y líderes de toda esta diócesis, han mantenido un enfoque en las mismas. He hablado un poco de este tema, pero los miembros de los Círculos lo abordaron aún más en el vídeo que vimos ayer, exponiendo tanto lo que se ha hecho como lo que nos falta por hacer. Estas resoluciones, en cierta forma, reflejaban las intenciones de esta convención, y ahora empezamos a cuidadosamente prepararnos para su impacto, y por supuesto esperamos que el impacto sea positivo, en vez de ser ciego y negativo.

Los Círculos, quizás en la manera más conmovedora que he experimentado en esta convención, con valentía y gracia, compartieron el daño que han experimentado a manos de esta Iglesia, a manos de las personas dominantes con quienes comparten esta Iglesia, a manos de nuestro personal, a manos de mi oficina y también a manos mías. Creo que esas experiencias siguen en nuestro sitio web, y les invito a visitarlo, después de esta convención, y escucharlas otra vez. Escúchenlas otra vez.

Este último año, mi oficina dio inicio a una conversación con los Círculos sobre la posibilidad de contratar a alguien, que forme parte de nuestro personal y que se dedique a trabajar en esta área. Los Círculos generaron una descripción del puesto denominado Canónigo para ministerios multiculturales y transformación comunitaria y asistente de programa.

El presupuesto propuesto, que afortunadamente ustedes aprobaron ayer, es valiente, y más grande, debido a esta necesidad, y en mi opinión, es una inversión necesaria que debemos hacer en este momento. Así que incluye un incremento del 8% en comparación con el presupuesto del 2021 e incluye un puesto a tiempo completo de canónigo y asistente de programa. Actualmente, un comité de búsqueda recomendado por los Círculos y nombrado por mí está trabajando en llenar esta vacante de canónigo.

A su canóniga al ordinario Arienne Davison le encanta decir, y al decirlo solo habla de algo que es completamente cierto, “esta labor se mueve a la velocidad de la confianza”.

“Sólo Dios conoce el precio que pagas
por aquellos a quienes has lastimado en el camino – “God Only Knows,” John Prine

“Así que, si al llevar tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a ponerte en paz con tu hermano. Entonces podrás volver al altar y presentar tu ofrenda”. – Mateo 5:23-24

“Antes de que una persona pueda sanar, debe reconocer su enfermedad. Antes de que una persona halle la luz, debe conocer su propia oscuridad. Y antes de que un pueblo sea perdonado, debe confesar sus pecados”. – *Confesionario de Yom Kippur*

Finalmente, hoy me gustaría hablar sobre el trabajo que he hecho a nivel personal en este último año. Varios de los miembros del personal tuvimos la gran bendición este año de participar en una orientación sobre metodologías feministas interseccionales para el liderazgo no coercitivo. A pesar del miedo que sentí inicialmente, acepté participar. Por cierto, si ustedes deciden participar en ese tipo de tarea, también sentirán algo parecido y así debería ser si lo van a hacer en serio. También me preguntaba si mis estudios sobre el feminismo tendrían mucho que ver con esto. La verdad les puedo decir que fue una de las experiencias más vivificantes y reveladoras de mi vida. Ahora que se les presenta el reto de llevar a cabo ese tipo de labor, recuerden que si no sienten un poco de miedo, preocupación, inseguridad, desequilibrio, quizás no estén trabajando el tema a fondo, lo cual es necesario, y este año también tuve que reconocer esta realidad.

Nuestra guía Kimberley George es increíble y quiero que sepan que a través de este estudio, la guía, las lecturas, especialmente sobre la teología mujerista negra, la escritura y los desafíos que me presentaron, abrí los ojos a algo. Sé que por lo menos la mitad de ustedes me verá con incredulidad, mirarán hacia el cielo y dirán, Señor, ¿hasta cuándo? O quizás, si son generosos, piensen con una sonrisa, ¡ya era hora! y yo entiendo, pero aquí comparto mi revelación con ustedes.

Debido a mi poder, en este puesto, debido a que soy blanco, a que soy hombre, debido a mi privilegio, por ser parte de la cultura dominante en este país, y el mundo, debido a todo esto, cualquier persona, que interactúe conmigo, debe hacer un trabajo emocional mucho más intenso

para poder tener esa relación. Lo que logré ver en estos últimos nueve meses de aprendizaje fue la cantidad de trabajo emocional que yo le causo a los demás, y que a veces aprovecho. ¿Fue esta mi intención? Bueno, definitivamente no siempre, pero si voy a ser honesto, por supuesto que yo sé que puedo utilizar eso, aunque no tenía nombre para definirlo. Y si lo usé, y lo he usado, y no siempre bien, y no siempre para bien, y no siempre haciendo honor a mi rol y mi puesto.

Yo, que siempre pienso que puedo ver las cosas claramente, me di cuenta de mi gran ceguera. El trabajo emocional que he generado para tantas personas es algo que tengo que enfrentar, de lo cual me debo arrepentir, y espero reparar en mí mismo para el futuro.

En el transcurso de este último año, fui invitado a una conversación en persona con la reverenda Rachel Taber-Hamilton y el canónigo Jerry Shigaki, para así empezar la ardua y larga labor de intentar reconstruir la confianza. Los dos fueron extremadamente valientes y actuaron con mucha gracia en esa conversación, y quiero darles las gracias públicamente a los dos. Durante esa conversación, escuché sobre el impacto que he tenido en ellos, lo que han significado mis acciones en el pasado, mis palabras, mi falta de acción, y en algunos casos, mi falta de atención. Estoy seguro de que no he escuchado todo, que queda mucho más. Especialmente del canónigo Shigaki, quien valientemente compartió su experiencia conmigo al principio de mi episcopado. Aunque mi intención no fue causarle daño a nadie, hubo un impacto. Ahora lo sé y lo reconozco. Aunque quizá sea muy difícil para el canónigo Shigaki creer esto, a pesar de que no concordábamos sobre el camino a seguir, nunca dudé de su dedicación, su compromiso, su discipulado en Cristo, y sobre todo de su honor. Es precisamente por esta razón que lo nombré canónigo honorario. Él es un ejemplo superlativo de este honor.

Sin embargo, en las propias palabras del canónigo Shigaki, él describió mi trato para con él y otros a su alrededor como cruel y abusivo. Fue duro escuchar eso. Como ya les dije, esa no fue mi intención, pero ahora sé que hubo un impacto. Así que hoy, ante ustedes, quiero públicamente disculparme con el canónigo Shigaki por el sufrimiento que le causé.

Con esta disculpa no espero perdón, ni quiero decir que el pasado no necesite ser examinado y cuestionado a mayor profundidad.

Sospecho que debo disculparme muchas más veces, que aún me quedan muchas cosas por reparar. Sospecho que algunas de ellas nunca las podré reparar por completo.

Le debo disculpas a la reverenda Rachel Taber-Hamilton también, y ella ha empezado a compartir conmigo, con mucha gracia, el impacto que mis acciones han tenido en ella, el trabajo emocional que le he generado. Esa labor continúa.

Esta es mi labor, y creo que la de ustedes también, y a pesar de que soy un novato, igual les presentó el reto de participar en estas tareas también. Porque el Confesionario de Yom Kippur tiene toda la razón.

“Antes de que una persona pueda sanar, debe reconocer su enfermedad. Antes de que una persona halle la luz, debe conocer su propia oscuridad. Y antes de que un pueblo sea perdonado, debe confesar sus pecados”.

Esto no ha sido fácil. Ni tampoco será lo que viene, pero estoy convencido de que es la única manera en que vamos a poder realizar nuestro sueño de la comunidad amada. Me duele tener que decirles esto, pero estoy resuelto y convencido de que este es el camino. Sé que será difícil pero para que esto funcione en nuestra Iglesia, todos vamos a tener que hacer de esta labor una prioridad. Y puede ser una labor que puedo yo hacer con ustedes, a su lado, o quizás sea mejor para ustedes hacerla sin mi presencia. Todas estas son opciones válidas. Independientemente de todo esto, no podemos desaprovechar este gran impulso, este momento, esta oportunidad de NO silenciar la alarma.

Una de las cosas interesantes de ser obispo en la Iglesia es que en realidad no existe un manual que explique cómo serlo. Recuerdo cuando llegué acá, me sentía como si hubiese caído en un río turbulento, intentando respirar, intentando mantener mi cabeza por encima del agua, simplemente intentando sobrevivir, y en mi liderazgo arrogante ridículamente intentando parecer sumamente seguro e inquebrantable.

La metáfora deja de funcionar porque un río turbulento, en el cual uno trata de mantener la cabeza por encima del agua, no es el lugar adecuado para verse calmado, tranquilo y seguro. Es una farsa, y yo puedo ser muy bueno en eso. A veces es necesario que un buen líder, no sienta tanta ansiedad, se sienta seguro, y parezca estar calmado en una situación difícil, pero esa misma destreza puede ser utilizada, con o sin intención, para bien y para mal. Yo la he utilizado para las dos cosas.

No soy la misma persona, ni el mismo obispo, que respondió a su llamado hace más de 14 años pero me responsabilizo por todos y cada uno de esos años y sé que he cometido muchos errores durante ese tiempo. Por el simple hecho de ser un ser humano, estoy seguro de que cometeré muchos más.

No tengo la certeza de que en algún momento descubriré una forma de dejar de cometerlos, pero lo que sí creo es que podemos aprender cómo mitigarlos, cómo responsabilizarnos de ellos, cómo arrepentirnos de ellos, y qué hacer para que esa lucha sea un poco más fácil y menos agotadora emocionalmente para las personas con quienes nos encontramos en el camino. Y prometo esforzarme en eso, aquí con ustedes, y con cualquier persona con quien comparta el camino en el futuro.

No digo nada de esto como una excusa o con la esperanza de que lo dejen pasar. Tampoco merezco eso. Lo digo acá para ser honesto y para compartir con ustedes un poco de la labor personal y el desafío que enfrento, con la viva esperanza de que ustedes también acepten el reto.

El año pasado, en esta convención, aprobamos resoluciones bastante serias sobre esta tarea, les recordé, y debo añadir que me lo predicaba a mí mismo, como la mayoría de los predicadores hacemos, que ésta era la parte fácil. La aprobación de resoluciones, el expresar las palabras, crear un plan y exponer una meta y hasta una visión de lo que es la comunidad amada, pero la parte difícil aún está frente a nosotros. Aún no hemos llegado a las partes más difíciles.

Este trabajo ha empezado y ha sido bendecido, sin embargo aún nos queda un camino muy largo por delante, y aquí me encuentro ante todos ustedes para admitir que a mí aún me queda un camino muy largo por delante.

Así que este año, es el momento de tomar nuestras esperanzas, nuestros sueños, nuestro anhelo por la comunidad amada y dar inicio a la ardua labor de reconstruir la confianza que será vital y necesaria para que eso sea una realidad. ¿Lo lograremos? Honestamente no sé. Tienen que ocurrir tantas cosas, hay tanto que rectificar, reconocer, perdonar. Lo que sí sé y creo es que esta labor tiene que empezar, con gran voluntad, a nivel local, en sus contextos, y al final, dentro de todos y cada uno de ustedes.

El año pasado nos resistimos, juntos, ante el deseo de silenciar la alarma. Esa alarma sigue sonando. Y mientras más suene, más nos vamos a sentir tentados, más difícil es soportar, habrá más tentación, de apretar el botón, apagar la alarma, y volver a dormir, y esperar a que llegue otro terrible momento, que nos lleve hasta donde estamos ahora, pero no más allá.

Resistamos. Dejemos que suene la alarma. No apretemos el botón para silenciarla.

En la conversación que seguirá este discurso de hoy eso es exactamente lo que estaremos haciendo. Les estamos pidiendo, a nivel local, a su delegación, dialogar sobre este tema. Pueden responder a las siguientes preguntas.

Con la idea de acercarnos más a la reconciliación y convertirnos en la comunidad amada de Jesús:

- ¿Qué harán juntos como congregación para cuestionar y confesar los pecados del pasado y reducir la desconfianza y la sospecha?
- A nivel personal ¿qué va a hacer usted en su vida y práctica espiritual para reflexionar sobre sus propios pecados y reconstruir relaciones?
- ¿Cómo ayudará usted a su congregación a resistir el deseo de silenciar la alarma?
- ¿Qué harán ustedes, juntos, a nivel local, en sus contextos, para empezar la labor de cuestionar el pasado, confesar los pecados del pasado, y deshacerse de la mayor cantidad de desconfianza y sospecha posible para de esta manera acercarse más a la reconciliación a la comunidad amada?
- Y, a nivel personal, ¿qué va usted en su interior, dentro de su propia alma, para lograr lo anteriormente expuesto?

“Sólo Dios conoce el precio que pagas por aquellos a quienes has lastimado en el camino”. –
“God Only Knows,” John Prine

“Así que, si al llevar tu ofrenda al altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a ponerte en paz con tu hermano. Entonces podrás volver al altar y presentar tu ofrenda”. – Mateo 5:23-24

“Antes de que una persona pueda sanar, debe reconocer su enfermedad. Antes de que una persona halle la luz, debe conocer su propia oscuridad. Y antes de que un pueblo sea perdonado, debe confesar sus pecados”. – Confesionario de Yom Kippur

Amén.